

Alfredo Acle Tomasini

## Juego limpio

*En pleno centro del Circo Romano, a un individuo se le entierra hasta la cabeza. Es dejado solo, en tanto miles de espectadores esperan ansiosos que salga la fiera que la devore y descubra que, debajo de ella, hay un manjar más apetitoso. Finalmente aparece en la orilla un león tan babeante como hambriento. Otea nervioso esa planicie circular donde no ve más que arena hasta que descubre un rostro con expresión desesperada. El felino corre en busca de su alimento, la tribuna se entusiasma; con rápidos movimientos el enterrado evita las tarascadas y, en un golpe de suerte, logra dominar a la bestia mordiéndole un testículo; el público se revela y grita enardecido: ¡juega limpio, desgraciado!*

Tan pronto como inició la ofensiva israelí en Gaza, Bush la justificó como el derecho que todo pueblo tiene de defenderse. Pero qué hay del bloqueo asfixiante; de los asesinatos selectivos con sus consiguientes “daños colaterales”; del territorio ocupado y, a la vez, colonizado lenta pero visiblemente; de un pueblo literalmente acorralado en una franja minúscula cercada por un muro, que recuerda las reservaciones de los indios estadounidenses; de una soberanía territorial administrada por un país extranjero que decide quién y qué entra o sale; de una población sin esperanza que sólo puede revolverse en su miseria e irse más abajo.

Pero la desproporción del ataque militar y los oídos sordos ante múltiples llamados para detenerlo, incluso de las propias Naciones Unidas, inducen a pensar que los salientes gobiernos de Estados Unidos e Israel —uno dirigido por un inepto que tiene las manos llenas de sangre y el otro, por un tipo acusado de corrupción— pactaron aprovechar al máximo y con la mayor fuerza destructiva a su alcance los últimos días del primero en la Casa Blanca porque, posiblemente, su nuevo inquilino tenga otra visión.

A esto se suma el proceso electoral de Israel, que está siendo influido por el apoyo masivo de la opinión pública hacia la ofensiva militar y, da-

do que en ese país los candidatos pueden a la vez ejercer como funcionarios, se crea una dinámica perversa donde éstos

ven que hacer la guerra les procura votos; mientras que otros, aunque discrepen, callarán para no perderlos. Y lo peor es que no queda claro cómo se valorará el resultado.

A la par que nos asombra la destrucción y la muerte de casi mil palestinos —buena parte de ellos, niños y mujeres—, vemos con incredulidad la forma como, frente a la tragedia, se ha endurecido el corazón del pueblo israelí. Basta recordar que apenas en 2006 murieron también a manos de su ejército mil 200 libaneses, la mayoría civiles, como si cada represalia fuera versión agrandada de la Ley del Talión, donde la justicia retributiva ya no se limita al ojo por ojo sino al cien por uno.

Seguramente esta actitud está influida por una prensa na-

cional e internacional hábilmente inducida como una campaña propagandística de mayor alcance, que reitera el mismo mensaje: luchamos por nuestra subsistencia y tenemos el derecho a defendernos como la haría cualquier país (?). Esto anula también la posibilidad de entender que el odio sembrado en cada muerte y en la complicidad manifiesta hace de la seguridad de Israel, y de buena parte del mundo, una quimera.

Quando observamos que la

mayoría de las poblaciones palestina e israelí nació después de la guerra de 1967, año que marcó la última expansión territorial de Israel, hoy el motivo central del conflicto en la región, nos preguntamos en qué medida esto influye en las visiones que ambos pueblos tienen de él: unos nacieron en un estado consolidado, creado por un acuerdo de las Naciones Unidas que hizo eco de la tragedia del Holocausto y decidió partir a Palestina en dos. El

dolor dio derecho a un estado y eso mismo justifica defenderlo, aunque eso implique ignorar cómo se expandieron sus fronteras originales y a quiénes desplazaron; los otros han nacido como miembros de un pueblo que, pese al mismo acuerdo y a su existencia milenaria, todavía no alcanza la categoría de Estado y, menos aún, es dueño de su destino. Muchos de ellos, como sus abuelos y padres, tienen la nada envidiable calidad de refugiados.

Dos visiones que permanecerán encontradas mientras no se devuelva una porción de tierra que emponzoña y que, a la luz del actual poderío militar de Israel, no es crítica para su seguridad. Y sí, en cambio, parece un recurso para generar reacciones violentas que sirven de coartada para nunca ceder lo que se ganó y que se retiene con la fuerza. ¡Que jueguen limpio los palestinos! ❑

Analista

